

RICARDO DELGADO

Concepción, desarrollo y consolidación de la agricultura urbana en Cuba

En la búsqueda del sustento, ante la grave crisis alimentaria acaecida en Cuba en los años noventa del siglo XX, surgieron numerosos emprendimientos agrícolas en las ciudades y sus alrededores. En este artículo se encara, en forma muy sucinta, el nacimiento y consolidación de la agricultura urbana y su papel en el arraigo de una cultura agraria en el país, basada fundamentalmente en tecnologías sostenibles y recursos locales.

En Cuba, los primeros indicios de agricultura realizada en áreas urbanas datan de finales de los años ochenta del siglo pasado; pero realmente esta se concibe como un movimiento de carácter nacional en la década siguiente, a raíz de producirse, con la caída del bloque socialista de Europa del Este, una crisis económica que cambió por completo la vida de los cubanos.

Las causas económicas, que sin lugar a dudas constituyeron el principal detonador en el devenir de esta forma de hacer agricultura, no supusieron en ningún caso el único factor para desencadenar un movimiento de tal envergadura. En el desarrollo, de manera tan expedita en el caso cubano, de esta particular forma de hacer agricultura jugó un importante papel la disponibilidad de tecnologías y otras herramientas, creadas previamente, que permitieron introducir en un plazo muy breve alternativas adecuadas para producir alimentos, de manera sostenible y con medios propios.

Desde su inicio, este movimiento tuvo que enfrentarse a serias dificultades y contratiempos. Los nuevos agricultores que surgieron de repente en todas las áreas urbanas del país no poseían en su mayoría los conocimientos necesarios para realizar prácticas agrícolas. A esto se suma que la crisis irrumpe cuando hacía ya más de 20 años que la agricultura industrial se había enraizado en todo el país y la agricultura tradicional, que dependía muy poco de

Ricardo Delgado es Ingeniero Agrónomo y Promotor de la Asociación Cubana de Técnicos Agrícolas y Forestales. Dirige la revista *Agricultura Orgánica*

insumos y otros medios importados, había quedado relegada a algunas comunidades de pequeños agricultores. Solamente en esa pequeña parte del sector campesino coexistían conocimientos prácticos para enfrentar una agricultura de pocos recursos. Se hizo necesario entonces recurrir a esa sapiencia para capacitar a los nuevos agricultores que, en la búsqueda de su sustento alimenticio, fueron surgiendo en pueblos y ciudades de todo el país.

Fundamentales también en el aporte al quehacer agrícola con medios propios o locales, resultaron las tecnologías desarrolladas por científicos y otros profesionales vinculados al sector agrario, que se dedicaron, mucho antes de la mencionada crisis, a la búsqueda e implementación de soluciones alternativas al modelo de la llamada “Revolución Verde”. Este segmento de la comunidad científica venía constatando serios problemas con la degradación ambiental, provocada por el elevado nivel de utilización de maquinaria agrícola; así como de fertilizantes y pesticidas, que se manejaban en la carrera por elevar, a toda costa y a todo coste, los rendimientos agrícolas.

El paradigma de la agricultura de paquetes tecnológicos y de elevadas exigencias de productos químicos y maquinaria pesada se había impuesto, sobre todo, por las facilidades que se abrieron con la importación a gran escala de maquinarias, fertilizantes y productos fitosanitarios, procedentes del entonces campo socialista europeo, los cuales permitieron al país asirse al “tren” de la agricultura industrial.

Los efectos de la agricultura industrial con tecnologías y medios importados dejaban huellas que se hacían patentes de inmediato. Téngase en cuenta que Cuba posee, en la mayor parte de sus áreas cultivables (alrededor de seis millones de hectáreas), ecosistemas muy frágiles, altamente erosionables y susceptibles a la compactación y empobrecimiento de sus suelos cuando son sometidos a cultivo intensivo; además, en todas sus llanuras, mayormente costeras, el mal drenaje y la salinidad constituyen barreras difíciles de superar ante una indiscriminada explotación. Este conjunto de factores obedecen al contexto insular del país, las características de su relieve y su cobertura edáfica; así como a su ubicación geográfica en el área tropical con abundantes lluvias, concentradas en un corto período del año, y al predominio de altas temperaturas que aceleran los procesos degenerativos.

Lo anterior propició que desde muy temprano, en la década de los años setenta del siglo XX, se incluyeran en los programas científicos temas vinculados a los efectos de las prácticas agrícolas en el medio ambiente. De igual manera, se abordaron estudios que permitirían desarrollar medidas para contrarrestar los efectos del uso indiscriminado de pesticidas, que contribuían a la proliferación de plagas.

Estos indicios revelados por los científicos se hicieron eco en diferentes estratos, hasta la más altas esferas del Gobierno, que sensibilizados con esta alerta estimularon el de-

sarrollo de investigaciones que no se circunscribieran únicamente a la constatación de los efectos y daños medioambientales de la agricultura convencional, sino que se incluyeran, además, estudios que permitiesen generar alternativas agrícolas más amigables con el medio ambiente. Estos preceptos fueron enfocados en los programas de conservación y mejoramiento de los suelos, manejo integrado de plagas y desarrollo de opciones agrotécnicas y productos alternativos a los medios químicos.

Las causas económicas, que sin lugar a dudas constituyeron el principal detonador en el devenir de esta forma de hacer agricultura, no supusieron en ningún caso el único factor

Estas investigaciones se priorizaron desde el comienzo mismo de la conocida “Perestroika”, en la segunda mitad de los años ochenta del siglo XX, previendo que se afectaría el suministro de recursos para el agro, entre otros, ante las amenazas que se cernían sobre las tradicionales relaciones comerciales que de forma estable se habían mantenido con el bloque socialista, durante muchos años.

De la ex Unión Soviética y otros países socialistas se recibían dichos recursos en las cantidades que se solicitaran a través de créditos blandos y en consideración a precios preferenciales del azúcar cubano. Hasta ese entonces, y durante casi 20 años, el país se mantuvo entre los mayores consumidores de fertilizantes y pesticidas y llegó a disponer de más de noventa mil tractores. Sin embargo, solo en cultivos aislados se pudieron lograr rendimientos aceptables que compensaran un poco los altos costos de producción.

Para satisfacer la demanda de azúcar de ese mercado, fue necesario ampliar las áreas cañeras en detrimento de otros cultivos agrícolas debido, en buena medida, a que los rendimientos alcanzados siempre fueron discretos, pese a los esfuerzos realizados en el campo de las investigaciones agro-azucareras y al empeño del Estado cubano en desarrollar este sector. Tales circunstancias recrudecieron la dependencia al monocultivo de esta gramínea y a la importación de gran parte de los alimentos básicos.

El aumento del consumo de alimentos importados fue potenciado por la inclusión social y la demanda progresiva de una población que prácticamente se duplicó durante la segunda mitad del siglo XX. A ello se suma el aumento exponencial de las necesidades de alimentos, por la emigración hacia las zonas urbanas de la población rural que tradicionalmente había sido productora, motivado principalmente por las nuevas oportunidades de estudio y trabajo que abría el incipiente Estado socialista, y por la disminución de las nece-

sidades de mano de obra en el campo, que supuestamente producirían los cambios tecnológicos en la producción agropecuaria.

Para compensar estas necesidades crecientes, y disponiendo de abundantes recursos, la tendencia fue transformar totalmente la infraestructura agropecuaria y crear grandes empresas en manos del Estado. La obtención de algunos productos agropecuarios aumentó, pero la eficiencia y la productividad nunca llegaron a alcanzar niveles que se correspondieran con las costosas tecnologías introducidas y los altos costos de producción. Hay que subrayar que dichas empresas en su inmensa mayoría no lograron alcanzar niveles de rentabilidad aceptables.

Ante las circunstancias dadas por los factores antes señalados, la dimensión de la crisis económica de los años noventa tuvo efectos devastadores que se evidencian con solo analizar algunas cifras globales. El comercio exterior cubano previo a la crisis de los años noventa estaba caracterizado por un balance comercial relativamente estable. De ese mercado se importaba el 98% del combustible, el 86% de las materias primas y el 63% de los alimentos de la población. En 1989, el 57% de las proteínas, más del 50% de las calorías consumidas por la población y el 97% del alimento animal llegaban al país como productos importados. Todos esos recursos se sostenían con el envío hacia el mercado socialista del 95% de los cítricos, el 73% del níquel y el 63% del azúcar, principales productos exportables de Cuba¹. Como consecuencia de esta interrupción se produjo un marcado descenso de la producción a raíz de la disminución de las importaciones de combustibles y otros recursos.

El impacto de la crisis generó una serie de transformaciones en lo económico, lo tecnológico y lo social, que hacen del año 1989 un momento que marca una nueva era en la evolución de la agricultura cubana con efectos e implicaciones, en una economía abierta como la cubana, que ponen fin a este crecimiento económico con un notorio signo de equidad espacial y social e introduce al país en una etapa de reformas, en un contexto internacional caracterizado por la consolidación de la unipolaridad capitalista mundial.¹

Para enfrentar esta crisis económica y poder insertar al país en el mercado internacional en todas las esferas de la vida, a partir del año 1992 fueron necesarias una serie de reformas con el objetivo de posibilitar su entrada al mundo capitalista. Lamentablemente, dichas reformas no han logrado cubrir las expectativas que de ellas se tenían y aún permanecen secuelas de esta crisis a pesar de los esfuerzos realizados.

En este sentido se hace necesario señalar, además, que aún subsisten dificultades para lograr que los productores no se sientan dependientes del Estado, y a su vez que los fun-

¹ A. Herrera, «Impacto económico en la agricultura urbana en Cuba», *Novedades en población*, núm. 9, 2005.

cionarios estatales dejen de apreciarse dueños y limiten sus responsabilidades a las tareas de coordinación para las cuales están concebidos en las nuevas condiciones establecidas. No pueden dejar de mencionarse también las graves afectaciones que provoca, a la economía cubana en general y a la agricultura en particular, el mundialmente rechazado bloqueo económico de los EE UU contra Cuba.

En este contexto nacional e internacional y bajo estas premisas surge, se desarrolla y consolida la agricultura urbana en Cuba. Era vital, ante todo, sustituir las importaciones de alimentos que venían del campo socialista y los productos que se obtenían de la industria nacional, en fuerte crisis durante estos años. Para ello, se contaba con los condicionantes antes planteados, que particularizan el caso cubano, y con las ventajas que comporta un campesinado, que aunque mantiene dificultades en la autogestión está organizado.

La agricultura urbana: una iniciativa que trasciende épocas de crisis

Los huertos de hortalizas son muy tradicionales en Cuba, al igual que en otros países, y la ubicación de estos alrededor de La Habana y otras ciudades de la isla permitieron suministrar estos alimentos a sus moradores durante muchos años. Destacados, son los famosos huertos chinos de los alrededores de la capital, que fueron barridos por el crecimiento de la zona urbana. En la segunda mitad de la década de los años ochenta del siglo pasado, cuando ya se vislumbraban cambios en el sistema socialista, se iniciaron emprendimientos individuales de este tipo alrededor de esta y otras ciudades. El ejército, por otra parte, comenzó a desarrollar producciones agropecuarias en sus unidades militares y llegó a crear importantes infraestructuras con el fin de autoabastecerse. En una unidad aledaña a la capital de país, el ministro de las Fuerzas Armadas observó hortalizas sembradas en canteros con gualderas, en los que se utilizaba tierra mezclada con estiércol –que no eran más que huertas orgánicas protegidas– a los cuales llamaban “organopónicos”. Impactado por esta iniciativa, orientó su extensión a todo el sistema de empresas agropecuarias militares. A partir del año 1992, comenzó a extenderse esta tecnología por todo el país.

El desarrollo alcanzado por los organopónicos desde los inicios del mencionado movimiento propició que las técnicas de manejo de los cultivos utilizada en los mismos se ampliara, a partir de mediados de la década de los noventa, a la modalidad de huertos intensivos. Ambas modalidades de cultivo hortícola están extendidas actualmente por todo el territorio nacional y se distinguen por ser las más productivas. Para apoyar el buen desenvolvimiento operativo de estas áreas de fuerte potencial productivo, en época tan temprana como el año 1994, en un trabajo multidisciplinar donde participaron diversas entidades e instituciones científicas, se editó un manual para organopónicos populares que recogía en un

solo documento las principales tecnologías que se desarrollaban en todo el país, y que jugaron un importante papel en la preparación de los productores urbanos.

A partir de 1994, de forma organizada y centralizada por el Estado, se inició oficialmente el Movimiento Nacional de Organopónicos y Huertos Intensivos como una de las alternativas para incrementar la disponibilidad de alimentos en el país. Para el año 2008 se dictan nuevas leyes donde se autoriza la entrega de tierras estatales ociosas en concepto de usufructo a personas naturales o jurídicas, las cuales serían utilizadas de forma racional y sostenible en conformidad con la aptitud de uso del suelo para la producción agropecuaria, tanto para la agricultura urbana como para la agricultura rural (Decreto Ley N° 259).

Creadas estas condiciones, la agricultura urbana fue organizada desde el nivel nacional hasta el municipal con estructuras empresariales, cooperativas y privadas, y dentro de ellas se desarrollaron 28 subprogramas, cada uno especializado en una producción específica de la actividad pecuaria, agrícola o de servicio. Cada subprograma se desarrolló en diferentes estructuras productivas o de servicios. Dentro de las productivas, destacan los organopónicos, los huertos intensivos, las parcelas y patios, las áreas de autoconsumo y las casas de cultivos protegidos, entre otras, organizados en UBPC (Unidades Básicas de Producción Cooperativas), CPA (Cooperativas de Producción Agropecuarias) y CCS (Cooperativas de Créditos y Servicios).²

La creación del Grupo Nacional de Organopónicos en 1994, convertido en Grupo Nacional de Agricultura Urbana en 1997, con participación de especialistas de 6 Ministerios y 17 instituciones científicas relacionadas con la producción de hortalizas, permitió la recepción de las experiencias acumuladas, el análisis colectivo de estas y la elaboración conjunta de medidas técnicas y organizativas, que a la vez que impulsaron el desarrollo de los organopónicos, contribuyeron a regular las disposiciones pertinentes sobre sistemas constructivos, variedades, plagas y enfermedades, manejo de sustratos y cultivos, etc.

Posteriormente, en el año 2000, se publicó el Manual Técnico de Organopónicos y Huertos Intensivos. Este manual fue el resultado del trabajo de sus protagonistas en la organización de reuniones técnicas y talleres, así como en la actividad extensionista, desempeñada durante recorridos realizados por el Grupo Nacional de Agricultura Urbana por todos los municipios del país. Dicho manual permitió recopilar el acervo cultural existente sobre el cultivo de hortalizas y condimentos frescos en las modalidades de organopónicos y huertos intensivos.

La producción hortícola desarrollada en organopónicos ha ido paulatinamente avanzando en la solución de un problema de alta sensibilidad para la población: el abasto de horta-

² A. Rodríguez y N. Companioni, «Los 38 recorridos del Grupo Nacional de Agricultura Urbana», *Revista Agricultura Orgánica*, núm. 3, 2007, pp. 2-3.

lizas frescas durante todo el año, con la mirada puesta en que la mesa familiar disponga diariamente, como mínimo, de 300 gramos *per cápita* de hortalizas.

En el primer decenio de este siglo el movimiento llegó a agrupar a más de 350.000 trabajadores, sin contar a las personas vinculadas a través de los micro-huertos caseros y patios que proliferan por todo el país. Cuenta, asimismo, con más de 10.000 universitarios y 28.000 técnicos de nivel medio. También se disponen de más de 10.000 hectáreas dotadas de sistemas de riego eficientes y se generaliza el “cultivo semiprotegido”, apropiado para producir una amplia gama de hortalizas durante todo el año, pero especialmente en los meses de altas temperaturas e intensas lluvias.

El impacto de la agricultura urbana en Cuba se hace sentir en diversos órdenes. Entre otros aspectos que ilustran dicho impacto destacan:

- Notable incremento de la biodiversidad de plantas y animales de relevancia económica. Se ha trabajado con más de 100 especies de frutales, más de 70 en hortalizas, más de 20 de granos, más de 12 en raíces y tubérculos tropicales y, si se añade el desarrollo de plantas ornamentales, flores, forestales, medicinales y rituales, se sobrepasan las 1.000 especies de plantas.
- Inclusión de más de 20 especies y 60 razas de animales en el subprograma pecuario.
- Importante aporte a la nutrición humana, especialmente por su contribución a la mejora del suministro de vitaminas, minerales y fibra, así como de calorías y proteínas, gracias al incremento del consumo de vegetales y frutas, entre otros productos.
- Capacitación a los productores y aumento de la cultura nutricional de la población, en especial la de los niños; en este último caso a través de un incremento del consumo de vegetales en los círculos infantiles y en escuelas de diversos tipos, así como a la existencia de más de 3.000 círculos de interés a nivel municipal, vinculados a los distintos Subprogramas del Movimiento de la Agricultura Urbana.
- Aporte de vegetales en los centros de salud pública (hospitales, hogares maternos, hogares de ancianos, etc.) y de la educación (círculos infantiles, escuelas y otros).

Factores que potenciaron y consolidaron el movimiento de la agricultura urbana en Cuba

El movimiento de la Agricultura Urbana movilizó singularmente a la población cubana ubicada en pueblos y ciudades. Junto a este importante factor, que favoreció la disponibilidad de fuerza de trabajo, estimularon a este movimiento las facilidades que ofreció el Gobierno, que en todo momento actuó en pos de su desarrollo y lo llevó de la mano. Para ello, además del respaldo político, se apoyó con medidas de orden jurídico y legal que contribuyeron a su solidez.

No menos importante fue la red de unidades de servicio, creada a partir de los resultados de la ciencia y la técnica, que trajo consigo la instauración de tiendas-consultorio, donde además de productos tales como semillas, aperos sencillos, biopesticidas y abonos orgánicos, entre otros, se facilitó la asistencia técnica a nivel de barriadas. En esa época se fortaleció el desarrollo de centros de abonos orgánicos con la lombricultura como tecnología estrella, y los Centros de Reproducción de Entomófagos y Entomopatógenos (CREE), que prestan servicios imprescindibles al desarrollo de la agricultura urbana. Además, se desplegó un amplio programa de capacitación y divulgación en todo el país.

La agricultura urbana, que surge como urgencia para enfrentar el déficit alimentario creado por el impacto de la caída del bloque socialista, ha devenido en variante agrícola donde se están aplicando una serie de alternativas y conocimientos agroecológicos

Hay que reconocer que detrás de todo ello subyace un factor fundamental, que impulsó la agricultura urbana y propició que creciera a pasos agigantados, el cual por ser poco mencionado no es menos importante. Se trata de la concesión que se otorgó a la mayor parte de las áreas donde se desarrollara la agricultura urbana. Dichas áreas quedaron excluidas de los compromisos de venta al Estado y una parte importante de sus productos se pudo destinar al entonces incipiente mercado de oferta y demanda, lo que situó a quienes explotaban dichas áreas en una posición privilegiada. Esta particularidad de la agricultura urbana cubana, junto con otras características, constituyen condicionales que la diferencian de las experiencias de este tipo desarrolladas en otros países.

Este factor, apenas perceptible a la vista de cualquier ciudadano que no conozca el modelo económico cubano, pasaría inadvertido. Es necesario saber que en Cuba, con el objetivo de garantizar la canasta básica y el consumo social, los productores agrícolas han estado obligados a contratar sus producciones con el Gobierno a través de mecanismos de acopio que nunca lograron ser eficientes y a los precios que estimasen las entidades gubernamentales. Este sistema, aunque garantizó el mercado estatal, desestimuló el crecimiento y desarrollo de la agricultura cubana durante los 50 años de vigencia de dicho modelo, actualmente en fase de perfeccionamiento.

A lo anterior se une el hecho de que la agricultura urbana en Cuba no solo se ciñe a pequeñas parcelas y patios, aunque este fuese su origen. Hay que tener en cuenta que no se trató de un sector pequeño, pues se dispuso desde muy temprano que el área destinada a la agricultura urbana no solo cubriera el correspondiente a la zona urbana, sino que también contase con un perímetro de 5 km para los pueblos y hasta 15 km en la periferia de las ciudades, con lo cual muchos productores ya establecidos quedaron incluidos.

No menos estimulante, en el devenir de la exitosa fragua y posterior evolución del movimiento de la agricultura urbana en Cuba, ha sido el proceso de concientización de la sociedad en cuanto al daño que provoca la agricultura industrial en el medio ambiente. Todo esto apoyado por normativas y decretos leyes, dirigidos a la preservación ambiental, que se fueron implementando a lo largo de más de tres décadas y que cubrieron todos los aspectos que conforman el cuidado y la conservación de los recursos naturales.

La agricultura urbana, que surge como urgencia para enfrentar el déficit alimentario creado por el impacto de la caída del bloque socialista, ha devenido en variante agrícola donde se están aplicando una serie de alternativas y conocimientos agroecológicos, dirigidos a preparar el camino hacia la soberanía alimentaria, en un país que siempre había basado gran parte de su alimentación en productos, insumos y costosas tecnologías importadas. Todo esto ha sido afianzado por políticas que promueven no solo un nuevo tipo de producción, sino una nueva cultura alimentaria (productos más sanos, de producción más cercana, de relación directa entre el productor y el consumidor, etc.).

La comunidad científica vinculada directa o indirectamente al sector agrario, y apoyada por universidades, centros de investigación, entidades estatales y organizaciones no gubernamentales cubanas y extranjeras ha sido la abanderada de un movimiento ecologista, dirigido a revelar y combatir los graves efectos que causa la agricultura industrial sobre el frágil ecosistema del archipiélago cubano. De dicha comunidad surgieron grupos de apoyo a la producción agropecuaria, como el Grupo Nacional de Agricultura Urbana, que ha unido los resultados de la ciencia y la técnica al saber campesino y ha implementado medidas alternativas para construir una agricultura más amigable con la naturaleza, todo lo cual ha contribuido significativamente a la mejora de la alimentación de la población cubana.

La Agricultura Urbana en Cuba ha permitido consumir circuitos locales de producción-consumo y ha desarrollado acciones organizadas para lograr el acceso a la tierra, el empleo, la producción de alimentos y la gestión del agua. Asimismo, ha promovido la biodiversidad a través de su acción desde diversos frentes en el medio ambiente, y en estos momentos se manifiesta como un gran sistema que incluye a importantes sectores de la población residente en las ciudades.

En la actualidad, el sistema de la agricultura urbana se enfrenta a difíciles desafíos. En primer lugar, el propio mantenimiento de estas producciones agroecológicas, complejas pese a que la economía del país prospere y a que la agricultura convencional se vuelva a fortalecer gradualmente. En consideración al hecho de que este modelo de agricultura “vino para quedarse”³, seguirá siendo importante consolidar los fundamentos económicos del sis-

³ A. Rodríguez y N. Companioni, «Agricultura Urbana. Situación actual, perspectiva y retos», *Agricultura Orgánica*, núm. 2, 2006, pp. 4-5.

tema, la eficiencia productiva a nivel de base, así como el logro de una buena remuneración para los productores. Es también necesario salvaguardar los métodos “directos” de comercialización, “del cantero al consumidor”, sin intermediarios o con los menos posibles, y fortalecer su infraestructura y logística. Otro reto importante es mantener la vocación por la agricultura, por las técnicas y ciencias agrícolas, empleando tecnologías sostenibles y amigables con la naturaleza, e instituir la como condición fundamental para alcanzar la soberanía alimentaria del país.